

CREACIÓN Y PECADO, RATZINGER

Conferencias cuaresmales en la catedral de Munich, 1981.

INDICE DE TEMAS, ESQUEMA

Presentación

Con párrafos tomados, de un discurso del cardenal Ratzinger a los obispos responsables de las Comisiones Doctrinales de las Conferencias Episcopales de Europa, en mayo de 1989.

«Es cierto que considerar a la naturaleza como instancia moral sigue estando mal visto. Una reacción marcada por un temor irracional ante la técnica continúa conviviendo con la incapacidad para reconocer un mensaje espiritual en el mundo corpóreo. La naturaleza sigue siendo vista como una realidad en sí irracional, que por otra parte muestra estructuras matemáticas que se pueden evaluar técnicamente. Que la naturaleza posea una racionalidad matemática ha llegado a ser algo, por así decir, tangible; pero que en ella se anuncie también una racionalidad moral es rechazado como una fantasía metafísica. El declinar de la metafísica se ha visto acompañado por el declinar de la doctrina de la creación. En su lugar se ha situado una filosofía de la evolución (que quiero expresamente distinguir de la hipótesis científica de la evolución), que pretende extraer de la naturaleza reglas para hacer posible, mediante una orientación adecuada del ulterior desarrollo, la optimización de la vida. La naturaleza, que de este modo debería convertirse en maestra, es sin embargo considerada como una naturaleza ciega que inconscientemente combina, de manera casual, lo que el hombre debe imitar conscientemente. La relación del hombre con la naturaleza (que ya no es vista como creación) es de manipulación, y no llega a ser de escucha. Es una relación de dominio, basada en la presunción de que el cálculo racional pueda llegar a ser tan inteligente como la «evolución», y conseguir así que el mundo progrese de un modo mejor a todo cuanto ha sido hasta ahora el camino de la evolución sin la intervención del hombre.

»La conciencia, de la que ahora se habla, es por esencia muda, así como la naturaleza es ciega: sólo calcula qué intervenciones ofrecen mayores posibilidades de mejora. Si eso puede (y según la lógica del punto de partida debería) realizarse de modo colectivo, hay entonces necesidad de un partido que, como instrumento de la historia, tome de la mano la evolución del individuo. Pero eso puede también suceder individualmente; entonces la conciencia toma la expresión de una autonomía del sujeto, que en la gran estructura cósmica sólo puede parecer una absurda presunción.

»Que ninguna de estas soluciones sea de gran ayuda es, en verdad, evidente, y aquí radica la profunda desesperación de la humanidad de hoy, que se esconde detrás de la fachada de un optimismo oficial. Y permanece al tiempo una silenciosa convicción de la necesidad de una alternativa que nos pueda conducir fuera de los caminos sin salida de nuestra plausibilidad. Y quizás se dé también, más de lo que pensamos, una silenciosa esperanza de que un cristianismo renovado pudiera ser dicha alternativa. Pero sólo puede ser elaborada si la doctrina de la creación es nuevamente desarrollada. Esto debería ser, en consecuencia, considerado como uno de los compromisos más urgentes de la teología actual.

»Debemos hacer nuevamente visible qué significa que el mundo ha sido creado *con sabiduría* y que el acto creador de Dios es algo fundamentalmente distinto de la provocación de una «explosión primordial». Sólo entonces conciencia y norma podrán retornar de nuevo a una relación recíproca correcta. Entonces se hará visible, en efecto, que conciencia no es un cálculo individualista (o colectivista) sino una conciencia con la creación y, a través de ella, con Dios, el Creador. Se hará entonces nuevamente reconocible que la grandeza del hombre no consiste en la miserable autonomía de un enano que se proclama único soberano, sino en el hecho de que su ser deja traslucir la más alta sabiduría, la verdad misma. Se hará entonces manifiesto que el

hombre es tanto más grande cuanto más crece en él la capacidad de ponerse a la escucha del profundo mensaje de la creación, del mensaje del Creador. Y entonces aparecerá claramente que la consonancia con la creación, cuya sabiduría se convertirá para nosotros en norma, no significa limitación de nuestra libertad, sino que es expresión de nuestra razonabilidad y de nuestra dignidad. También le es entonces reconocido al cuerpo el honor que le compete: ya no es «usado» como una cosa, sino que es el templo de la auténtica dignidad del hombre, porque es construcción de Dios en el mundo. Y entonces se hace manifiesta la igual dignidad de varón y mujer, justamente en el hecho de ser distintos. Comenzará entonces a comprenderse de nuevo que su corporeidad tiene raíces que alcanzan las profundidades metafísicas y que da fundamento a una simbólica metafísica cuya negación u olvido no enaltece al hombre sino que lo destruye».

1. Dios Creador

- a. La diferencia entre forma y fondo en el relato de la Creación
 - i. Tipo de verdad propia de la Sagrada Escritura. ¿Son científicos estos relatos?
 - ii. ¿Batirse en retirada o problema de la exégesis moderna?
 - iii. Diferencia entre imagen y contenido
- b. La unidad de la Biblia como criterio de interpretación
 - i. Relatos de la Creación, elaborados en relación con la historia de Israel, en el contexto del exilio babilónico, ante el aparente fracaso de Dios.
 1. El poder de Dios en la creación: la Nada frente a Dios.
 2. El relato de la creación, frente a los mitos del momento: sol y luna, como criaturas medidoras del tiempo...
 3. El relato bíblico es, así, una “ilustración, decisiva de la historia del hombre, no atada a fuerzas divinas y caprichosas, sino a un Dios poderoso, sabio y amoroso.
 4. En el origen mismo de la Creación está la voluntad de Dios y la Alianza, la intención de Dios de crear un pueblo y bendecir a todos los hombres.
 - ii. Al leer el relato en conexión con la historia de Israel, ha de leerse también en el conjunto de la Escritura.
- c. El criterio cristológico
 - i. Esto incluye sobre todo al Nuevo Testamento, es decir, a Jesucristo.
 - ii. Logos creador: racionalidad de la creación, Dios que crea con sabiduría y amor.
 - iii. El Logos, la razón, en el origen de la creación: “A causa de este aislamiento del todo, de esta literalidad de lo particular que contradice toda la esencia interna del texto bíblico, y que únicamente tenía validez científica –a causa de esto, precisamente, se originó aquel conflicto entre ciencia y teología, que aún hoy perdura como una carga para la fe. Esto no debió nunca producirse, porque la fe era, desde el comienzo, más grande, más amplia y más profunda. La creencia en la Creación no es hoy tampoco irreal, es hoy también racional. Es, contemplada incluso desde los resultados científicos, la “mejor hipótesis”, la que aclara más y mejor que todas las demás teorías. La fe es racional. La razón de la Creación procede de la Razón de Dios.
 - iv. La Creación es, también, a la luz de Cristo, el pórtico de la salvación. Creación para salvación, para darnos la vida eterna.

2. Significado de los relatos bíblicos de la creación

- a. La racionalidad de la creencia en la Creación
 - i. El “qué” de la creación reclama un fundamento: sin este fundamento no termina de explicarse por qué existe algo y no más bien nada.
 - ii. El “diseño” de la creación, difícilísimo de explicar como fruto del azar, que parece entrañar un diseño inteligente, porque en el acto originario existe una voluntad creadora y sabia y el Espíritu creador:
 1. *Cuanto más sabemos del Universo más nos sale al paso, procedente de él, una razón, cuyos caminos sólo con asombro podemos considerar. A través de ellos vemos de nuevo renovado aquel Espíritu Creador al que también se debe nuestra propia razón. Albert Einstein dijo una vez que en las leyes de la*

naturaleza «se manifiesta una razón tan considerable que, frente a ella, cualquier ingenio del pensamiento o de la organización humana no es más que un pálido reflejo»^[6]. Sabemos cómo, en lo más grande, en el mundo de los astros se manifiesta una poderosa razón que los mantiene juntos en el cosmos. Pero cada vez más aprendemos también a observar lo más pequeño, las células, las unidades originarias de la vida; en ellas descubrimos igualmente una racionalidad que nos asombra, hasta tal punto que debemos decir con San Buenaventura: «Quien aquí no ve, es ciego. Quien aquí no oye, está sordo y quien aquí no empieza a ensalzar y a adorar al Espíritu Creador, es que está mudo»

- b. Significado permanente de los elementos simbólicos del texto
 - i. Valor propio de los detalles particulares del texto:
 - 1. Los números: tres, cuatro, siete y diez: no expresión del orden matemático del universo, sino “tejido” de la salvación (tres, Trinidad; cuatro, puntos cardinales; siete, número de plenitud...:
 - ii. Creación y culto
 - 1. La creación está dirigida al *Sabbat*, el día en que el pueblo de Israel dedica a Dios, como recuerdo de que es un pueblo consagrado el día de la Alianza de Dios con el hombre.... Del mismo modo que el Exodo es para dar culto a Dios, así el tejido mismo de la creación.: el Universo, el hombre, existe para dar culto a Dios, para glorificarlo.
 - iii. La estructura sabática de la Creación: Celebrando el sábado, el pueblo puede participar de la Alianza, y hacerlo es como volver al origen, limpiar todo de las impurezas que el actuar del hombre provoca.
 - 1. Descanso del trabajo: el hombre no es un esclavo, obligado a trabajar sin descanso, de modo que todos los días sean iguales. El poder descansar del trabajo es signo de su libertad, que se hace más honda y radical en la fiesta litúrgica.
 - 2. Anticipación de la justicia original de la creación.
 - iv. ¿Explotación de la tierra?
 - 1. Mandato del Génesis: Someted la tierra
 - a. Sentido originario: cuidar la tierra, labrar y cuidar... como prolongador de la obra de la Creación
 - i. ¿Cómo se ha llegado al estado actual? Precisamente por una secularización, un aislamiento de los “valores” cristianos de su origen y de su raíz:
 - 1. En la Edad Media hubo un inmenso trabajo de repoblación y de conversión de tierras baldías en tierras fértiles. Estas roturaciones medievales no esquilaban la tierra, al contrario se aseguraban de su renovación con los barbechos periódicos y otras técnicas. En una época de clara cultura cristiana, la relación con la creación estaba teñida de respeto (lo que no quiere decir que hubiera abusos, lógicamente). De las roturaciones medievales se pasa al abuso de la técnica, más propio de la Edad Moderna y Contemporánea, donde la creación pasa a ser “mera naturaleza”, campo de pruebas para la investigación y la experimentación humana.
 - 2. Propio de la modernidad:
 - a. Galileo, torturar la naturaleza para que nos revele su misterio.
 - b. Marx: el hombre debe preocuparse sólo por transformar el mundo, producir la

verdadera creación que será útil en el futuro... no cuenta la creación dada, sino la creación del hombre, por eso la única ley es el progreso material, y la verdad es todo aquello que conduce a esa transformación... el pragmatismo.

- ii. Bloch: De este modo para Bloch lo bello no es la transparencia de la verdad de las cosas, sino el descubrimiento del futuro hacia el que nos dirigimos y que nosotros mismos hacemos. Por eso, dice, la catedral del futuro será el laboratorio, y las centrales eléctricas serán las grandes iglesias góticas del futuro. Pues -según él- ya no será necesaria la distinción entre domingo y día laborable; ya no hará falta ningún sábado porque el hombre es en todo su propio creador. Dejará también de esforzarse simplemente por dominar y configurar la naturaleza y, por el contrario, la concebirá en sí misma como transformación^[13]. Aquí está formulado, con una claridad que no encontramos otras veces, lo que constituye la opresión de nuestro tiempo. Antes, el hombre podía siempre transformar cosas concretas en la naturaleza. La naturaleza como tal no era objeto, sino condición previa de su actuación. Ahora le ha sido entregada como un todo; pero así el hombre se ve, de repente, expuesto a su más profunda amenaza. El punto de partida de esta situación se encuentra en aquella concepción que contempla la Creación como producto únicamente del azar y de la necesidad, que no obedece a ninguna razón y de la que no se puede extraer ninguna enseñanza. Ha enmudecido aquel ritmo interior que nos había marcado el relato de la Sagrada Escritura: el ritmo de la adoración, que es el ritmo de la historia de amor de Dios con los hombres. Bien es verdad que hoy percibimos visiblemente los horribles resultados de tal enfoque. Sentimos una amenaza que no afecta a un futuro lejano, sino a nosotros mismos, a nuestra inmediatez. Ha desaparecido la sumisión de la fe, el orgullo del quehacer ha fracasado. Y así se configura una actitud nueva y no menos nociva, un enfoque que considera al hombre como perturbador de la paz, como el que todo lo destruye y que es el verdadero parásito, la enfermedad de la naturaleza. El hombre ya no se gusta a sí mismo. Preferiría volverse atrás para que la naturaleza pudiera de nuevo estar sana. Pero así tampoco construimos el Universo. Pues contradecimos al Creador cuando ya no queremos al hombre como El lo ha querido. Con esto no santificamos la naturaleza, nos destruimos nosotros y la Creación. Le arrebatamos la esperanza que existe en ella y la grandiosidad a la que está llamada.

3. La creación del hombre

a. El hombre, formado de la tierra:

- i. Humillación, formados de la tierra, no nos hemos hecho a nosotros mismos, estás limitado, como todo ser vivo eres un ser para la muerte.
- ii. Consuelo: el hombre no es un espíritu maligno, ha sido creado de la buena tierra de Dios.

- iii. Unidad de todo el género humano: somos la única humanidad, procedente de la única Tierra.
 - b. Imagen de Dios
 - i. Cada hombre ha sido llamado por Dios, ha sido querido como tal.
 - ii. Esto es también para el hombre un destino: el de llegar a ser bendecido por Dios. Esta es la última razón de su dignidad.
 - iii. Imagen: el hombre no está cerrado en sí mismo, evoca su origen, su modelo originario, es “reproducción” semejante del modelo originario, que es Dios, y Cristo.
 - 1. Interpretaciones de la imagen de Dios en el hombre. El hombre es imagen de Dios en cuanto que:
 - a. Está dotado de espíritu y es libre, a semejanza de Dios.
 - b. Plenipotenciario de Dios en el cuidado de la creación
 - c. Es varón y mujer, comunión de personas en el amor, como la Trinidad.
 - d. Creado en, por y para Cristo, imagen visible del Padre invisible.
 - c. Creación y Evolución
 - 1. Es preciso distinguir entre los datos científicos sobre la evolución de las especies y la teoría evolucionista como teoría filosófica sobre el devenir inmanente del cosmos. Es asunto de la ciencia aclarar cuáles son los factores que determinan el crecimiento del árbol de la vida y la aparición de nuevas ramas. Esto no es cuestión de la fe. Pero debemos y podemos tener la osadía de decir que los grandes proyectos de la vida no son producto de la casualidad ni del error. Tampoco son producto de una selección que se arroga atributos divinos, los cuales, de manera lógica e improbable, serían un mito moderno. Los grandes proyectos de la vida remiten a una Razón creadora, nos muestran el Espíritu Creador, hoy más claro y radiante que nunca. De manera que hoy, con mayor certidumbre y con alegría, podemos decir: Sí, el hombre es un proyecto de Dios, Solamente el Espíritu Creador era lo suficientemente fuerte, grande y osado para concebir este proyecto. El hombre no es una equivocación, ha sido deseado, es fruto de un amor. Puede en sí mismo, en el atrevido proyecto que es, descubrir el lenguaje de este Espíritu Creador que le habla a él y le anima a decir: Sí, Padre, Tú me has querido.
 - 2. Filosofía evolutiva. Esta es la que choca frontalmente con la fe, al negar la posibilidad de un Dios trascendente y creador, y reducir todo a una especie de evolución inmanente que considera hipótesis inútil e innecesaria la idea de Dios.
4. Pecado y salvación
- a. Sobre el tema del pecado
 - i. Dificultad de reconocerlo hoy por la antropología contemporánea del hombre autónomo, del superhombre que se hace a sí mismo y no conoce ninguna instancia moral superior a él mismo: no hay naturaleza, sino pura historia, puro devenir, puro hacerse...
 - b. Limitaciones y libertad del hombre
 - i. Pero el hombre experimenta la tensión entre su propia libertad y sus limitaciones.: quiere, busca, desea, pero no puede lograr todo lo que desea sino recibéndolo.
 - ii. ¿Debe el hombre hacer todo lo que puede?
 - 1. Así pues, esto es lo primero y fundamental que, se pone de manifiesto, en la historia de Adán, sobre la naturaleza de la culpa humana y por ende sobre toda nuestra existencia. El establecimiento de la Alianza se convierte en sospechoso. El Dios cercano de la Alianza y con El los límites del bien y el mal, la medida interna del ser humano, lo creado. De ahí que podamos claramente decir: la forma más grave del pecado consiste en que el hombre

quiere negar el hecho de ser una criatura, porque no quiere aceptar la medida ni los límites que trae consigo

5. El pecado original:

- a. En contraste con este inmenso amor de Dios, con la inocencia en la que fuimos creados y con la santidad a la que somos llamados, aparece -en toda su negrura- el pecado, el rechazo de Dios por parte del hombre (Gn 3, 1-23) (Catecismo: 387, 389).
- b. La catequesis que encontramos en el Génesis sobre el primer pecado nos ofrece los detalles esenciales: el hombre es creado inocente, sin mal alguno, en amistad filial con Dios. Permanecerá inocente e inmortal, disfrutando de la vida sin medida que Dios le regala, si permanece siendo hijo, es decir, viviendo en la obediencia. Pero el hombre (Eva y luego Adán) es tentado por la serpiente (Satanás), en su corazón nace el deseo de llegar a ser como Dios (¡lo que Dios ha querido dar al hombre desde siempre!) pero conquistándolo por sí mismo, arrebatandoselo a Dios, de quien ahora desconfía. Quiere adueñarse del bien y del mal, ser él mismo el criterio de lo bueno y de lo malo. El primer pecado -todo pecado- es, en el fondo, una mezcla de orgullo (querer ser como Dios sin Dios, ser autónomo, decidir por mí mismo lo bueno y lo malo), desconfianza (Dios en realidad es mi enemigo, no me quiere, me engaña, quiere tenerme dominado) y, por tanto, desobediencia (Catecismo: 397-398).
- c. Pero el pecado revela su propio rostro en seguida... La mentira no está en Dios sino en la serpiente y en el obrar del hombre. Nada más pecar el hombre se siente “desnudo”, desprotegido, indefenso; ahora, su desconfianza de Dios, se vuelve “temor” y se esconde de él, mientras Dios lo busca para conversar con él; ha roto el hilo del amor filial que le unía con Dios y ha perdido la vida: él mismo ha entrado en la muerte. Ahora, el mundo se le vuelve hostil (el jardín desaparece) y el mundo se convierte en una selva amenazante; el amor inicial se convierte ahora en acusación y reproche (Adán acusa a Eva) y la libertad se vuelve débil y busca excusas (Eva: “ha sido la serpiente”). En este mundo deteriorado, surge la violencia: el fratricidio (Caín mata a Abel), la violencia de unos contra otros... el desentendimiento de los pueblos (torre de Babel); lo máspreciado para el hombre se vuelve ocasión de sufrimiento (el trabajo, la maternidad, el amor esponsal)... Es la muerte: “la muerte alcanzó a todos, porque todos pecaron” (Catecismo: 399-401).
- d. Lo más grave de todo es que, al pecar, el hombre pierde la gracia que había recibido; responde a la amistad de Dios con el rechazo y con el desamor... en contra de lo que esperaba ha perdido al verdadero Dios y no se ha convertido en un dios sino en un esclavo, en alguien entregado a la muerte, en alguien dividido en su interior...
- e. Este pecado (el originario) se transmite por contagio: lo heredamos del mismo modo que heredamos el aire contaminado, la enfermedad de los padres, el lenguaje de la mentira y de la dominación... está presente en todos desde el origen mismo de nuestra existencia (Catecismo: 402-404).
- f. Está presente, en primer lugar, como ausencia: nacemos privados de la gracia originaria de Dios y, por tanto, necesitados de redención, de que Dios nos rescate de esa situación (Catecismo: 405).
- g. Pero también está presente como algo que notamos en nosotros mismos: el conflicto interior, la concupiscencia... una grave dificultad para buscar y conocer el bien con limpieza (solo dificultad, no imposibilidad) y una grave debilidad para abrazar el bien conocido. La concupiscencia es este deseo viciado que nos acompaña siempre, inclinándonos hacia el mal y haciéndonos imposible el vivir siempre sin pecar.
- h. En este sentido, el pecado es muerte verdadera (nos separa de Dios y perdemos así la vida divina, la verdadera vida a la que estamos llamados); es también anticipo de

la “muerte segunda”, la condenación (si no hubiéramos sido redimidos, todos estaríamos condenados); es también esclavitud, que nos impide llegar a ser nosotros mismos y a desplegar todo el bien al que somos llamados(Catecismo: 407-408) .

- i. Pero permanece en el hombre la imagen de Dios, la bondad creatural, el deseo de Dios y del bien. El pecado no destruye nuestra naturaleza, pero sí la deteriora, la enferma, la debilita, le arrebatada la gracia y la vida...
- j. Dios, no obstante, no abandona al hombre. Sigue adelante con su designio salvífico y anuncia al hombre la victoria sobre el pecado. Se trata del anuncio del Redentor, de Jesucristo, la descendencia de la mujer. El pecado es así ocasión de la revelación de la infinita misericordia de Dios (Catecismo: 410-412).

6. Preguntas:

- a. ¿Qué te ha llamado más la atención sobre lo escuchado?
- b. ¿Hasta qué punto ves importante recuperar la idea de la Creación para lograr un hacer y un testimoniar cristiano en materias como:
 - i. Cuidado de la creación, responsabilidad personal y social sobre lo creado
 - ii. Justicia social y solidaridad internacional
 - iii. Amor esponsal matrimonial entre hombre y mujer.